

las sumas reclamadas por España: que se restituiría á los comerciantes británicos los bageles tomados contra derecho y razon por los cruceros españoles: que estas compensaciones recíprocas se entendian sin perjuicio de las cuentas y desavenencias entre España y la compañía del Asiento, que serian objeto de un contrato especial. Mas si bien el mismo Walpole logró que aprobáran esta convencion ambas cámaras, solo obtuvo en una y en otra una pequeña mayoría, las minorías en su mayor parte se retiraron abandonando el parlamento, después de haber hecho peticiones exageradas y excitando las pasiones populares. Ofendido el monarca español de la actitud y de las proposiciones insultantes de la oposicion del parlamento británico, declaró que tampoco estaba dispuesto á ejecutar la convencion mientras la compañía del Asiento no pagára sesenta y ocho mil libras esterlinas que correspondian á España por los beneficios de sus operaciones, y que si esta suma no se pagaba le daria derecho á revocar aquel contrato; que esta condicion serviria de base á las negociaciones proyectadas, y sin ella sería inutil gastar mas tiempo en conferencias. Desde el momento que esta respuesta fué conocida en Lóndres, el gobierno inglés ya no pensó sino en prepararse activamente á la guerra; el embajador británico en Madrid tuvo orden de insistir en la abolicion del derecho de visita, y que si no recibia en el acto contestacion satisfactoria, dejase inmediatamente la Es-

paña, y el rey de Inglaterra permitiría á sus súbditos el uso del derecho de represalias. Y una escuadra inglesa á las órdenes del almirante Haddock salió para Gibraltar, como para apoyar la proposicion que habia de hacerse en Madrid.

Veíase ya bien claro que el rompimiento era inevitable. El ministro español Cuadra, que acababa de ser creado marqués de Villarias, declaró á Keene que no haria concesion alguna mientras permaneciese en Gibraltar la escuadra inglesa, lo cual consideraba como un insulto y una deshonor para España. El rey don Felipe en la audiencia que le concedió declaró lo mismo, añadiendo que estaba decidido á anular el Asiento y á apropiarse los efectos de la Compañía como indemnizacion de la suma reclamada. Además dió desde luego orden para que se apresáran todos los navíos ingleses que se encontráran en sus puertos. Y á esta especie de declaracion de guerra siguió un manifiesto del rey, en que hacía un paralelo de su conducta con la del rey Jorge en las negociaciones seguidas antes y después de la Convencion del Pardo. En este escrito apoyaba su determinacion en las violencias, tropelías y bárbaries que decia haber cometido hacía años los capitanes de los buques mercantes ingleses con las tripulaciones de los guarda-costas españoles que cogian.

Es notable que en una y otra nacion se apelaba, para excitar el resentimiento popular, á relaciones

exageradas, que entre los hombres sensatos pasaban por cuentos é invenciones, de crueldades ejercidas, de un lado por los cruceros españoles, del otro por los contrabandistas ingleses. El parlamento de Inglaterra se habia rebajado hasta el punto de admitir á la barra al capitán de un buque contrabandista llamado Jenkins, y de escuchar el relato que hizo de cómo habia sido apreso por un guarda-costas español, y que entre otros tormentos que le habia hecho sufrir, fué uno el de cortarle una oreja, diciéndole: «anda, y ve á enseñarla al rey tu amo.» Y á su vez el monarca español en su manifiesto, entre otros hechos, citaba el de un capitán inglés que habiendo cogido á dos españoles de categoría, y no pudiendo lograr la suma que por su rescate exigia, cortó á uno de ellos las orejas y la nariz, y con un puñal al pecho le quiso obligar á tragárselas. Estas ridículas fábulas de las cortaduras de orejas, de que se burlaban las gentes sensatas, servian grandemente para concitar las pasiones del vulgo de uno y otro pueblo ⁽¹⁾.

De todos modos, sabida en Londres la contestación de Felipe, ya el ministro Walpole no pudo resistir al torrente del clamor público, y el rey Jorge hizo aparejar una escuadra numerosa, dió cartas de represalias contra España, mandó embargar todos los buques mercantes que estaban para darse á la vela,

(1) Anales de Europa para Memorias de Walpole. 1739.—Historias de Inglaterra.—

envió refuerzos á la flota del Mediterráneo, levantó nuevas tropas, y nombró á Vernon almirante de la armada destinada contra las Antillas españolas. Publicóse en fin una formal declaración de guerra (23 de octubre, 1739). Londres la celebró con entusiasmo, se echaron al vuelo las campanas de todas las iglesias, una inmensa muchedumbre acompañaba los heraldos, y por todas partes se oían frenéticas aclamaciones. Parecía que de esta guerra pendía la salvación de la Gran Bretaña, y los especuladores se regocijaban con la expectativa de los tesoros que iban á traer de las minas del Perú y del Potosí.

Mas tambien hacia muchos años que los españoles no habian entrado tan gustosos y tan unánimes en una guerra como en esta ocasion. Monarcas, ministros, pueblo, todos de conformidad la consideraron como una lucha nacional, en que se interesaban á un tiempo la justicia, los intereses y el honor del rey y del Estado. El rey, vistas las buenas disposiciones de sus súbditos, dedicóse á buscar recursos para la guerra: se suspendieron las pensiones, se disminuyeron los intereses de la deuda, se suprimieron los dobles sueldos, se rebajaron los de los militares y marinos, se hicieron grandes reformas económicas en la casa real, se acordó aplicar al erario los fondos depositados en los monasterios por particulares, señalándoles un módico interés, cuyas sumas se calculaba que producirian cien millones de reales al año. Dió tambien la feliz

casualidad de que arribára oportunamente la flota de América con pingües caudales, acertando á burlar la vigilancia de las naves inglesas que intentaban darle caza. Con esto, y en tanto que los franceses amenazaban un desembarco en las costas de Inglaterra, obligando á esta nacion á tener una flota considerable en observacion de sus movimientos, multitud de armadores españoles salieron en corso de todos los puertos de España, y cruzando atrevidamente los mares, en poco tiempo apresaron crecido número de barcos mercantes ingleses. Asegúrase que á los tres meses de publicadas las represalias ya habian entrado en el puerto de San Sebastian diez y ocho presas inglesas, y que antes de un año una lista que se remitió de Madrid y se publicó en Holanda hacia ascender el valor de las presas hechas á 234,000 libras esterlinas (mas de 23.000,000 de reales).

Creció con esto la animadversion y se encendió el deseo de venganza del pueblo inglés. Dirigianse principalmente los planes de Inglaterra contra las posesiones del Nuevo Mundo. La escuadra de Vernon atacó y tomó á Portobelo (22 de noviembre, 1739), cuya noticia se celebró con gran júbilo en Inglaterra anunciándola con todas las trompetas de la fama. Pero no merecia ciertamente tan universal regocijo, porque lejos de corresponder el fruto á los gastos de tan poderoso armamento, todo lo que cogió Vernon en aquella plaza fueron tres pequeños barcos y tres mil

duros en dinero: todo lo demás habia sido retirado de la poblacion. Tampoco abatió á los españoles aquella pérdida: al contrario, resonó por todas partes un grito de venganza contra los ingleses; mandóse por un real decreto salir de España á todos los súbditos de Inglaterra; imponíase por otro pena de la vida á todos los que importasen mercaderías de aquella nacion, ó vendieran á los ingleses frutos de España ó de sus colonias.

Las potencias de Europa permanecieron espectadoras neutrales de una lucha que sin causar á España el daño que podia temerse estaba consumiendo las fuerzas de Inglaterra. Tratóse de formar en la península española tres campos, uno delante de Gibraltar bajo la direccion del duque de Montemar, otro en Cataluña amenazando á Mahon, á las órdenes del conde de Marí, y el tercero en Galicia á las del duque de Hormond para intentar un desembarco en Irlanda (1740). Alarmados los ingleses con estos planes, formaron ellos el de enviar una flota con el designio de quemar nuestros navios surtos en el puerto del Ferrol. Encomendóse esta empresa al caballero Juan Norris, habiéndole acompañado como voluntario el duque de Cumberland. Pero los vientos contrarios y otros accidentes imposibilitaron la espedicion y frustraron las esperanzas que habian concebido de esta jornada. Pudo con esto salir desembarazadamente para América una escuadra española, mandada por Pizarro, que se de-

cia descendiente del gran conquistador del Perú.

También los ingleses, habiéndoles fallado su empresa contra Galicia, enviaron dos meses después una formidable escuadra de veinte y un navíos de línea y otras tantas fragatas con nueve mil hombres de desembarco á las Indias Occidentales, objeto preferente de su codicia y de su anhelo. Esta escuadra habia de incorporarse á la de Vernon. Y casi al mismo tiempo el comodoro Anson salió con otra escuadrilla para cruzar las costas del Perú y Chile. Mucho tiempo hacia que no se habia visto partido de los puertos de la Gran Bretaña una armada tan numerosa y tan bien provista: lleno de las mas lisonjeras esperanzas quedaba el reino: pensábase incomunicar á España con el Nuevo Mundo, y reducirla á términos mas pacíficos y humildes privándola de los tesoros de América. Pero aquella nacion, que tanto solia criticar la lentitud española, anduvo tan lenta en sus preparativos que dejó pasar la buena estacion, y habia dado tiempo á los españoles para fortificar las plazas y prepararse á la defensa. La escuadra llegó á las costas de Nueva España al tiempo que las lluvias equinociales, que duran meses enteros, hacian, si no impracticables, sumamente difíciles las operaciones militares. Empezáronse éstas contra Cartagena, depósito general de todo el comercio de América con la metrópoli: pero la plaza estaba protegida por muchos fuertes, y defendíala el bravo don Sebastian de Eslaba, virey de

Nueva Granada, que supo comunicar su ardor á toda la guarnicion. Tales eran los medios de defensa, que como dice un historiador inglés, «hubiera podido resistir con ellos á un ejército de cuarenta mil hombres (1).» Atacaron los ingleses con arrojo, y lograron apoderarse de algunos fuertes avanzados á bastante distancia de la plaza, y alentados con esto y desembarcando nuevas tropas, pusieron sus baterías contra el fuerte de San Lorenzo que dominaba la ciudad, y con cuya pronta rendicion ya se lisonjeaban.

Tanto envaneciéron al almirante Vernon aquellos pequeños triunfos, que despachó pliegos á Inglaterra anunciando que pronto seria dueño de la plaza. Esta noticia se celebró con extraordinario júbilo en Lóndres; parecióles ya á los ingleses que estaban cerca de acabar con el imperio español en América; en su entusiasmo acuñaron una medalla, que representaba por un lado á Cartagena, por el otro el busto de Vernon, con inscripciones alegóricas al ilustre vengador del honor nacional. Pronto se disiparon tan halagüeñas esperanzas. Vernon intentó un asalto al fuerte de San Lázaro, al cual destinó mil doscientos hombres escogidos; pero casi todos fueron víctimas de su mal dirigido arrojo; una salida de los españoles del castillo acabó con los pocos que quedaban. Este revés aumentó el desacuerdo que ya habia entre Vernon y

(1) Coxe, España bajo el reinado de los Borbones, cap. 44.

el general de las tropas Wentworth: las continuadas lluvias habian desarrollado una epidemia mortífera, y en muy poco tiempo las tropas inglesas se hallaban reducidas á la mitad. Fuéles preciso abandonar la empresa, destruyeron las fortificaciones que habian tomado, y se retiraron á la Jamaica. Cuando la nueva de este desastre llegó á Lóndres, causó tanta tristeza y tanta indignacion como habia sido el transporte de alegría á que anticipadamente se habia entregado el pueblo. Todo era entonces acusaciones contra el ministerio que habia aconsejado la guerra, como lo habian sido antes contra el ministro que estuvo por la paz.

El comodoro Anson, que con muchas dificultades y trabajos habia logrado doblar el cabo de Hornos, la Isla de Juan Fernandez y la costa de Chile, cuyos habitantes puso en consternacion, pudo apoderarse de la ciudad de Payta, que por espacio de tres dias entregó al saqueo y á los llamas. Después, tomádo rumbo hácia Panamá, en busca de aquellos ricos bagajes que conducian á España los tesoros de las Indias, tras infinitas fatigas y penalidades que sufrió en su larga navegacion, consiguió al fin dar caza al galeon español Nuestra Señora de Covadonga, le atacó con brio, y le apresó con toda su riqueza, que se valuó en trescientas trece mil libras esterlinas, la mas rica, dice un escritor inglés, de cuantas presas han entrado en los puertos británicos, pero tambien la única

pérdida importante que sufrió entonces España. Otras tentativas de los ingleses en las costas del Nuevo Mundo no dieron resultado alguno lisonjero para aquella nacion, bien lo causáran las discordias entre sus gefes y la intemperie del clima, bien las oportunas precauciones de los españoles y las medidas acertadas del gobierno.

Buscando el almirante Vernon alguna manera de reparar el desastre y el descrédito sufridos delante de Cartagena, con el resto de sus naves y de sus estenuadas tropas, y con un cuerpo de mil negros que sacó de Jamaica concibió el pensamiento de apoderarse de la isla de Cuba, y con este designio se dirigió á la Antilla española. Mas no tardó en convencerse, despues de algunas tentativas inútiles, de que no alcanzaban sus fuerzas para ello. Celebróse consejo de guerra, y Vernon con harta pena suya, tuvo que someterse á la decision de los oficiales de retirarse con la pérdida de mil ochocientos hombres que habian sufrido: con lo cual pudieron darse por destruidos aquel ejército y aquella escuadra que cuando salió de los puertos británicos dejó al pueblo inglés gozándose en la esperanza de arrancar á los españoles la dominacion de América. Al regresar Vernon á Inglaterra no llevaba sino unas pocas naves y algunas tropas desfallecidas. Aumentó con esto el descontento público, y en todas partes se emitian sin rebozo quejas contra el gobierno.

Tal fué el resultado de estas guerras marítimas entre Inglaterra y España. Un escritor contemporáneo de aquella nación ⁽¹⁾ hizo un cálculo de que resultaba haberse sacrificado por lo menos veinte mil hombres en aquellas desgraciadas empresas, y otro escritor extranjero ⁽²⁾ supone haber sido capturados por los españoles, en todo el tiempo que aquella duró, hasta cuatrocientos siete bageles ingleses ⁽³⁾.

(1) Tindal, vol. XX.

(2) Marlés, continuación de la Historia de Inglaterra de Lingard, cap. 56.

(3) Desormeaux, tom. V.—Tindal, vol. XX.—Noticias secretas

de América.—Memorias de Walpole.—Rousset y Postlethwayte. Diccionario comercial, América española. Compañía del mar del Sur.—Campbell, Vidas de los almirantes.

CAPITULO XXI.

EJERCITOS DE LOS TRES BORBONES EN ITALIA.

LOS HERMANOS CARLOS Y FELIPE.

De 1738 á 1745.

Matrimonio de Carlos de Nápoles.—Recibe la investidura del papa.—Matrimonio del infante don Felipe.—Muerte del emperador Carlos VI. de Alemania.—Cuestion de sucesion.—Pretendientes á la corona imperial.—Derechos que alegaba España.—Alianzas de potencias.—Guerras de sucesion al Imperio.—María Teresa.—Designios y planes de los monarcas españoles.—Espedicion española á Italia.—El duque de Montemar.—El ministro Campillo.—Va otra escuadra española á Italia.—Causas de malograrse la empresa.—Guerra de Austria.—Viage del infante de España don Felipe.—Causas de su detencion en Francia.—El cardenal Fleury.—Triste situacion del ejército de Montemar.—En Bolonia, en Bendeno, en Rímini, en Foligno.—Escuadra inglesa en Nápoles.—El rey Carlos es forzado á guardar neutralidad.—Retirada de las tropas napolitanas.—Separacion y destierro de los generales Montemar y Castelar.—El conde de Gages.—Batalla de Campo-Santo.—Alianza de Austria, Inglaterra y Cerdeña contra Francia y España.—Alianza de Fontainebleau entre España y Francia.—Muerte de Fleury.—Actitud resuelta del gobierno francés.—Espedicion marítima contra Inglaterra.—Se malogra.—Gran combate naval entre la escuadra inglesa, la francesa y española reunidas.—Rompe el rey de Nápoles la neutralidad.—Los ejércitos de los tres Borbones pelean en el Mediodía y en el Norte de Italia.—Los dos príncipes españoles, Carlos y Felipe, cada uno al frente de un ejército.—Apuro de Carlos en Vele-